

**LUIS PÁSARA**

# LA **ILUSIÓN** DE UN **PAÍS DISTINTO**

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José **ALVARADO** JESÚS Diana **ÁVILA**

## **Capítulo 26**

Alberto **DE BELAUNDE** Salvador **DEL SOLAR** Fernando **EGUREN** Alberto **GONZALES** Álvaro **HENZLER** Max **HERNÁNDEZ** Indira **HUILCA** Natalia **IGUIÑIZ** Jimena **LEDGARD** Vania **MASÍAS** Farid **MATUK** Jaime **MONTOYA** **UGARTE** Abelardo **OQUENDO** Cecilia **OVIEDO** Tania **PARIONA** Fernando **ROSPIGLIOSI** Gerardo **SARAVIA** Cecilia **TOVAR** **SAMANEZ** Paloma **VALDEAVELLANO** Victoria **VILLANUEVA** Joseph **ZÁRATE**

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-  
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2017-1864**

*La ilusión de un país distinto*  
*Cambiar el Perú: de una generación a otra*  
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017  
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453  
ISBN: 978-612-317-274-9  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## TANIA PARIONA

«NO ES ALGO INALCANZABLE SINO QUE SE VA CONSTRUYENDO  
Y POCO A POCO SE VA LLEGANDO A ESE UMBRAL DONDE  
EL RESPETO A LAS DIFERENCIAS SEA PARTE DE LOS PRINCIPIOS  
DE CONVIVENCIA EN NUESTRO PAÍS».

Desde la edad de los diez años participé en organizaciones sociales. Empecé siendo parte de un grupo de niños, niñas y adolescentes quechuas en Ayacucho, haciendo arte en telar, tejido, música, danza y el retablo ayacuchano, una de las artesanías conocidas de Ayacucho. Este espacio me permitió enlazarme con otras organizaciones de niños y adolescentes, en especial con el Movimiento Nacional de Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores, chicos que trabajaban en mil oficios, desde lustrar zapatos. Yo acompañaba a mi madre en los negocios en el mercado, con mi hermana, y a veces también sola, vendiendo «marcianos».

Mi experiencia de hacer arte y cultura y luego estar involucrada en un espacio para reivindicar derechos como niña y adolescente es lo que me ha permitido tener un compromiso con el país. A partir de plantear la necesidad de que los niños debiéramos ser escuchados, tomados en cuenta, toda vez que se defina políticas públicas, leyes sobre los niños. Yo misma me planteaba la idea de ser partícipe de todo eso, decía: «¿Por qué no nos consultan a nosotros, que sabemos cómo vivimos, qué necesidades hay, qué importancia tiene la participación, el derecho a la educación, en fin?». Ese es el momento en el que pude tener una idea o una razón para sentirme parte del compromiso de cambiar el país, porque también había una situación de exclusión de los niños, por ser niños, trabajadores, niños de provincias, quechua hablantes y mil cosas que se sumaron.

Hubo personas adultas, entre los educadores, que promovieron espacios de formación de los niños, espacios organizativos para tener una valoración crítica del trabajo infantil, para hablar de ciudadanía plena desde los niños. Entre ellos estuvo Alejandro Cussiánovich —sociólogo y ex cura, del lado de la Teología de la liberación—, que es uno de los que yo siento que ha influido mucho en mi vida de niña y adolescente. También Tarcila Rivera, una mujer quechua, activista del movimiento

indígena, que en el trabajo que hizo Chirapaq —la institución que promocionó este trabajo de arte con niños, durante el tiempo de post violencia en Ayacucho— ha promovido muchos espacios de conocimiento de derechos, de reflexión sobre la identidad y la cultura, partiendo desde la propia práctica en los diálogos intergeneracionales.

Ese recorrido en el movimiento de niños y en el movimiento más identitario de cultura ha influido bastante en mí en ese tiempo. Pero también ver a mi madre y a mi papá, a mi abuela, con una convicción social. Mi madre fue trabajadora del mercado de abastos de Ayacucho y siempre muy empeñosa en opinar, en promover acciones colectivas con sus vecinas del mercado para acciones sociales.

También han influido actrices de otros países y otras identidades indígenas, como Rigoberta Menchú, a quien tuve oportunidad de conocer personalmente, escucharla, e intercambiar. Rosalina Tuyuc, una mujer maya, víctima del conflicto armado en Guatemala, viuda y activista en los derechos humanos. De Bolivia, Blanca Chancoso y Nina Pacari, parlamentarias, que tienen una reflexión sobre la identidad como mujer indígena y la reivindicación de derechos colectivos. A esto se suman muchas lideresas de base, que no han tenido la oportunidad de estudiar en la escuela o la universidad, pero que han desarrollado un tipo de agencia, tan visible o evidente, pero solo en un contexto local o comunal. No son las que normalmente son visibles en los medios de comunicación, pero de ellas se aprende un montón y a mí me han ayudado a revitalizar mi identidad. Por eso me asumo, con total seguridad, como quechua, indígena y con ganas de hacer política desde otra lógica.

Tener oportunidad de salir, de conocer otros escenarios, otros espacios organizativos y liderazgos que venían de realidades como las mías, y acceder a la formación no formal —talleres, conversatorios, foros— y a la formal —un diplomado, un curso específico sobre derechos indígenas y una maestría—, todo eso suma para estar más segura de aspirar a ese cambio, sabiendo que vamos a cumplir un rol con estos instrumentos o herramientas a los que hemos accedido.

Las figuras ejemplares son las personas con las que uno tiene encuentros, intercambios, convivencias. Por ejemplo, cuando visito una comunidad y veo una mayor, una abuela inspiradora que transmite honestidad y buen espíritu. Otras mujeres lideresas, jóvenes empeñosos en querer cambiar su pueblo, autoridades que de verdad quieren tener una buena gobernanza sobre su pueblo, con la responsabilidad política que los conduce a comprometerse más allá de solo su gestión de alcalde o de gobernador. Esas figuras son las que a mí me inspiran. Es una fortaleza que uno siente cuando ves que lo que estás dando, lo que estás haciendo, también existe en otros rostros de mujeres, de hombres, de jóvenes, de niños y niñas y dices: «No estamos solos, somos un colectivo mayor y hay gente que de verdad quiere cambiar su país, hay gente que de verdad quiere cambiar las condiciones en que estamos ahora por otras mejores,

por otros escenarios más dignos». Todos los actores con los que me he encontrado y me inspiran respeto, honestidad, identidad, confianza en sí mismos, son los que a una la van fortaleciendo, y no tanto alguien en particular.

Lo otro es la situación en que nuestros países se encuentran: el incremento de conflictos sociales en nuestros territorios; una visión de desarrollo casi centrada en el crecimiento económico, el capital y la inversión, sin mirar lo que eso significa para la diversidad de pueblos que coexistimos en el Perú. O el hecho de ver todavía la vulneración de los derechos a las mujeres, la exclusión de las mujeres en el ámbito comunitario, en las asambleas comunales o en los espacios de participación política, el municipio y la alcaldía.

Y la exclusión de los jóvenes, porque no siempre los jóvenes somos bien vistos: «Todavía te falta, no has aprendido, estás todavía por aprender, por recorrer, eres nuevo». Y no te dan la oportunidad para empezar ese aprendizaje. Me ha tocado enfrentar escenarios donde se han traslapado varias identidades en mí misma: mi identidad de joven, de mujer y como indígena. Pero no hay una identidad única definida sino más bien estas múltiples identidades que han confluído en un ser, en mí, como ocurre en otros actores.

La suma de estas convicciones y reflexiones hace que uno sienta que sí es posible cambiar el país, siendo parte de la solución, de la construcción de propuestas, asumiendo una actoría con voz propia y no esperar que sean otros los que deben ser los voceros o los que van a canalizar nuestras problemáticas y nuestras propuestas. Después de que uno es consciente, lo siguiente es decir: «Quiero estar con voz propia, quiero tener planteamientos sobre lo que siento, lo que pienso y lo que he vivido, y lo que con mis hermanos, que vienen de las mismas realidades que yo, podemos plantear».

Desde que he ido a la escuela, los textos que he leído —especialmente los que son cercanos a mi realidad— son los que me han abierto una reflexión, una mirada. Por ejemplo, *Paco Yunque* de César Vallejo, *El zorro de arriba y el zorro de abajo* y otras novelas de José María Arguedas. Más recientemente he leído algunos estudios sobre la situación de las mujeres, algunos informes que se construyen a partir de investigaciones o revisiones del cumplimiento de compromisos que tiene nuestro país con las normas. También me han llamado la atención los textos vinculados con el desarrollo humano, el desarrollo de las capacidades. Me gusta mucho cómo aborda la importancia de las capacidades humanas Amartya Sen, aunque desde el pensamiento liberal la persona es centro y fin supremo de todo. Discrepo: mi visión es que es el centro con su entorno, con la naturaleza; eso viene desde la mirada que tenemos los pueblos indígenas. También me interesa lo que ha escrito Martha Nussbaum. Son los últimos que he podido leer en el curso de maestría.

«CUÁNTO HEMOS HECHO PARA  
EVITAR QUE LA GENTE SIENTA QUE  
SIN DIGNIDAD NO VALE, PARA  
QUE NO REDUZCA SU DERECHO  
AL VOTO CIUDADANO A UN MERO  
ACTUAR PORQUE TE DAN ALGO:  
PLATA O ALGÚN REGALO».

---

---

En todo ser hay esos obstáculos interiorizados que cada uno se pone. El obstáculo o la barrera de la inseguridad de uno mismo, de no sentirse capaz, de sentirse menos o inferior o de no tener la capacidad para hacer algo, de no considerarse sujeto pleno, con derecho, de no quererse, no tener ese amor propio y la autoestima; o el pesimismo o la soberbia. Son cosas en las que uno tiene o puede tener control y puede generarse un cambio interno. En cuanto somos conscientes de una realidad, somos conscientes de nuestra identidad, somos conscientes de una crisis política existente en nuestro país y de las desigualdades —o somos capaces de indignarnos por algo que sucede—, es cuando uno siente que tiene un rol, una responsabilidad como ser humano, como ciudadano, como peruano. Y, por supuesto, hay que superar esos obstáculos internos que uno va generando y no le dejan actuar en términos más positivos, proactivos.

Las utopías siempre aparecen y reaparecen, y uno siente que son como el umbral más alto, aquello a lo que no debemos renunciar. Para mí, una de las utopías, aunque se ve muy lejana, es que los pueblos indígenas tengamos una continuidad histórica, reconociendo que podemos ser muy dinámicos, cambiantes y recrear lo que es nuestra identidad y nuestros sueños —que están ahí, latentes—, sin perder nuestra propia identidad. Es algo que tenemos que enfrentar mucho, por la globalización, la alienación, la desacreditación de los conocimientos, la identidad basada solo en aspectos fenotípicos y objetivos. Más bien es ese sentir interno, de cada ser, mirando su historia, su raíz; es decir, no importa si ya no hablas tu idioma, pero sigues reafirmando la ascendencia cultural que tienes. Eso para mí es una utopía permanente, pero pienso que no es algo inalcanzable, sino que se va construyendo y poco a poco se va llegando a ese umbral donde el respeto a las diferencias sea parte de los principios de convivencia en nuestro país. Siento que hay formas de democracia que en nuestro país necesitan construirse, que sean no solo representativas sino participativas, y así todos podamos ser parte.

Una utopía también tiene que ver con la igualdad social, con la justicia social de la que siempre hablamos a nivel declarativo, pero que sigue siendo una utopía. Cuando escuchamos «pueblos indígenas» o cuando alguien me escucha hablar de indígenas, imagina un ámbito rural, una persona con cierto traje o que está en la profunda Amazonía. Abogo porque tengamos una reflexión amplia acerca de los ciudadanos que componemos el Perú. En todo el mundo, hoy tenemos ciudades cosmopolitas interculturales y multiculturales. Se ha empezado a reconocer la titularidad de derechos individuales y colectivos de los pueblos indígenas y a construir diálogos interculturales. La justicia social se va a dar en la medida que en esa mirada de la justicia social todos quepamos: la juventud, la niñez, los adultos mayores, la realidad urbana, periurbana, rural e incluso transfronteriza; me refiero a los peruanos que migran y radican en otras naciones, y también quieren ser sujetos con derechos. Esa justicia social es una utopía siempre, pero podemos ir cerrando brechas hasta el ejercicio pleno de los derechos, esté donde esté el sujeto.

Las barreras o las miradas discriminantes, las siento como fortaleza para salir adelante, sentir mayor seguridad, ver la problemática desde esas identidades y desde la experiencia personal, pero también colectiva. En definitiva, esos temas los levantamos como una agenda. La otra barrera está en un Estado mono-cultural, con perspectivas muy hegemónicas, para el que las normas jurídicas, de derechos, de funcionamiento de la justicia, son un formato único para todos, sin mirar la diversidad de pueblos, de culturas, de ciudadanos y de realidades que hay en nuestro país. Esos obstáculos de cómo funciona el Estado, de lo burocrático que es, de la forma vertical en que funciona... incluso cuando uno tramita un documento y ve que en una semana el documento no ha llegado a manos del decisor, del funcionario o de la autoridad mayor, uno se pregunta ¿cómo es posible? Seguramente con una decisión política, inmediata, esta realidad podría cambiar. Todavía en nuestro Perú, y en muchos países latinoamericanos, el Estado tiene que cambiar para dar cabida a la diversidad; esto requiere cambios en las estructuras de poder, las normativas y la forma como se ejerce la función pública.

Siento que tenemos mayor desafío para cambiar esa realidad cuando uno se encuentra con ciudadanos pesimistas, negativos, corruptos, mentirosos, discriminadores, con complejos de todo tipo. Yo digo que justamente ahí recae nuestra responsabilidad para promover mejores valores, ser alguien que puede ser referente para esas personas y demostrarlo con la práctica misma. Durante la campaña política me he encontrado con muchísimos de esos que reaccionaban cuando uno no llevaba regalos, porque los peruanos —por lo menos de las zonas populares y rurales— han hecho como una práctica natural de todos los políticos que deban llevar regalos para ganar un voto. De un lado, sentía rabia y decepción también; decía:

«No puede ser posible que los votos sean un bien de mercancía casi, te doy algo y tú votas por mí». Eso fue algo que, al principio, sí me desanimó e incluso lo tuve que repensar y dije: «¿Será que voy en la línea correcta?». Después, pensándolo, evaluándome a mí misma en el escenario al que me estaba enfrentando, dije: «Claro, son justamente esas las razones que uno debe tomar en cuenta para afrontar un desafío político». Y ya no sentía decepción y rabia sino también sentía parte de la responsabilidad: cuánto hemos hecho para evitar que suceda eso, para que la gente sienta que sin dignidad no vale, para que la gente no reduzca su derecho al voto ciudadano a un mero actuar porque te dan algo: plata o algún regalo. Ya no sentía rabia ni decepción, sino más bien que estamos en el deber de cambiar eso y lo vamos a cambiar recuperando confianza, ejercitando bien este rol que nos han encomendado, esta representatividad. Me parece que somos parte de ese cambio si somos conscientes de que tenemos un rol.

«NUESTRA EDUCACIÓN NO  
PERMITE TENER UN NIVEL  
DE PENSAMIENTO CRÍTICO  
Y EJERCER UNA CIUDADANÍA  
ACTIVA, PROACTIVA  
O PROPOSITIVA».

---

No solo los jóvenes muestran una indiferencia con el quehacer político, la realidad del país y estos compromisos tan necesarios para cambiarla. Sin duda, en el sector juvenil uno nota que hay una indiferencia o un ser ajeno, aunque no es lo mismo un joven de la costa, que el de la sierra o de la selva, de la urbe o de la zona rural. Los jóvenes sienten apatía o indiferencia con este compromiso de cambio —de vincularse con la realidad y sentir que pueden ser parte del cambio— porque o carecen de referentes positivos o nuestra educación no permite tener un nivel de pensamiento crítico y ejercer una ciudadanía activa, proactiva o propositiva. Hay una actitud de sentirse ajeno. Las escuelas y la universidad dotan de una parte cognitiva —lo que está muy bien, pues su rol es formar profesionales capaces—, pero desde el nivel primario necesitamos un plus de ciudadanía, que la educación también sea para asumir la vida en sí y no solo para ejercer una determinada carrera o profesión. En cuanto a la carencia de referentes, la política partidaria no es bien vista. No todos los políticos, funcionarios, decisores que están al mando de una institución, terminan bien.



Lo otro es que no hay incentivos para que los jóvenes sientan que hay un soporte, un acompañamiento ni las herramientas para ejercer la inquietud que tengan. Entonces, la opción más fácil es mirar eso de lejos o no cruzar la orilla. En un país como el nuestro, las oportunidades llegan a uno y no a todos; el centralismo ha hecho que Lima capital tenga todas las posibilidades para estudiar, para acceder al empleo, para mejorar condiciones de vida —entre comillas todo eso, porque no siempre es así—; la gente igual migra, movilizándose del campo a la ciudad, en busca de alcanzar otras formas de vida mejor. De pronto se trunca el intento frente a otras realidades más difíciles que pueden ser, por ejemplo, jóvenes que delinquen, pandillas. Quienes ven frustrado su esfuerzo son los que luego, más y más, se van alejando de la vida política y de ser sujetos de cambio. Se sienten como los que no importan al país, los malos de la realidad. Me refiero a los jóvenes que están en situación de riesgo, en la calle o aquellos que delinquen o están organizados en bandas criminales.

Lo otro tiene que ver con que el Estado carece de políticas públicas para los jóvenes. En cuanto al respaldo o la cabida que en la acción del Estado tienen los jóvenes, no hemos avanzado mucho. Apenas tenemos una Secretaría Nacional de Juventudes, que intenta hacer encuentros con jóvenes —y hay una pelea por llegar a estos espacios para participar—, pero después no hay algo más concreto para abordar temas de juventud e invertir en esta juventud.

«LA ESCUCHA, EL DIÁLOGO  
INTERCULTURAL DE  
RESPECTO A LAS DIVERSIDADES  
ES LO QUE NOS CONDUCIRÍA  
A UN PAÍS EMINENTEMENTE  
INTERCULTURAL, QUE ES  
LO QUE HACE FALTA».

---

Vengo del movimiento social indígena. Eso fue como mi primera escuela, porque he crecido, me he criado en organizaciones de tipo social. No he entrado directamente a una escuela política ni me he vinculado inicialmente a un partido de izquierda. Pero desde el movimiento indígena, del cual soy parte, hemos empezado a confluir con los movimientos políticos de izquierda en un plan programático y político, para tener presencia en nuestro país y asumir una representatividad, como es mi caso en el Congreso. La militancia en el movimiento de izquierda me compromete a partir

de esta confluencia entre movimientos sociales varios, que no necesariamente venimos de la cantera de izquierda o tenemos una historia de militancia en un partido político de izquierda. En esto hay una diversidad de experiencias como la mía y otras, en el caso de las mujeres, en el caso de los jóvenes de barrio, en el caso de los artistas. Vengo de la experiencia del movimiento social, pero actualmente milito en una organización política de izquierda que es resultado de esa construcción o diálogo. El Frente Amplio es una coalición política de izquierda que aglomera y articula todas estas experiencias organizativas.

Este tiempo de trabajo conjunto con hermanos y hermanas que son de partidos de izquierda me ha generado una serie de reflexiones acerca de aquello que deberíamos resignificar y cambiar como izquierda. Una de ellas tiene que ver con llegar más allá del problema de clase. No se trata de una lucha o reivindicación de pobres contra ricos o de las clases populares versus los capitalistas. Agrego el componente de la cuestión identitaria, lo étnico, algo que las izquierdas —en particular la del Perú— antes no reconocían. Hoy tenemos una manera distinta de la que tenían los de izquierda de hace años para el pensamiento, la propuesta y la visión de país. Ese encuentro entre distintos movimientos sociales y los partidos políticos de izquierda nos indica que hay una necesidad de renovar la izquierda y cambiar algunas cosas, incluso prácticas del ejercicio de liderazgo. Los que estamos en el movimiento político Nuevo Perú y el Frente Amplio consideramos que necesitamos una mirada más crítica hacia dentro y hacia afuera; esta autocrítica es compartida.

Para mí, militar en la izquierda es un proceso en construcción, puesto que mi experiencia viene de otras realidades, de otras trayectorias, pero que se combina bastante bien con políticos y actores que han militado dentro de un partido: su visión de la utopía es la misma que tengo. El solo hecho de tener este común denominador me convoca, me invita a que me sienta parte de este colectivo que también quiere cambiar el país.

He aprendido que este es un país con muchísimo potencial humano, cultural, incluso económico, que es sustancial para hacer cambios en la política tradicional por una mejor. Ese sería un primer aprendizaje. Luego, que es un país que enfrenta muchas brechas o desigualdades entre todos los que componemos el territorio nacional, pero que con decisión, y sobre todo voluntad política, es posible tener otros escenarios. Voluntad política, compromiso político. Lo tercero tiene que ver con la escucha, el diálogo intercultural de respeto a las diversidades, que es lo que nos conduciría a un país eminentemente intercultural, que es lo que hace falta.

Personalmente, he aprendido a desaprender algunas cosas muy incrustadas en mi forma de ser, lo que me ayuda a tener otra actitud, otra entrada en la política.

Podemos ser sujetos universales, sin caer en etnocentrismos ni en afirmar una identidad cultural estática —y que eso es un aporte a la humanidad— y podemos ejercer derechos en cualquier contexto que nos encontremos, sin dejar de ser uno mismo. Antes tenía otros mitos y otros esquemas que aprendí mal y he desaprendido.

La prioridad, para mí, es invertir en las personas. Las distintas políticas y visiones sobre el desarrollo están dando lugar a una reflexión sobre la necesidad de invertir en las personas y trabajar el enfoque del desarrollo humano, en equilibrio con el desarrollo económico, que es algo que el Perú y muchos otros países no han logrado todavía.

Lo primero es tener conciencia de lo que uno es, de lo que tiene como rol, de su entorno inmediato, de su entorno mayor. Cuando uno logra esa conciencia es cuando puede proyectar sueños, aspiraciones, compromisos, convicciones. El siguiente paso es actuar, tomar decisiones, asumir y desempeñar roles, concretar sueños y es posible hacerlo. Se necesita instrumentos, herramientas, apoyo, soporte, pero sí, se puede hacer. Que no mantengamos ese pensamiento asistencialista o creer que es otro el que tiene que hacer, otro por uno, si no que nosotros mismos podamos ser impulsores y ejecutores de esos cambios.

El cambio que queremos para nuestro país, que añoramos, que deseamos, va a tener fuerza en la medida que generemos una corriente de opinión, de pensamiento. Eso significa movilizar la necesidad de ejercer ciudadanía, de educar, que cada acto que tengamos promueva eso: compromiso social, conducción, amor por la patria, por el barrio, en los jóvenes, sea de cualquier cultura, pueblo, sea del ámbito urbano o rural, mestizo o limeño. Creo que todos podemos contribuir a ese cambio que el país requiere. Es un cambio para todos, donde todos estamos y nuestros rostros cuentan dentro de ese cambio. Las historias personales son solo una pequeña suma a la historia que podemos mostrar como un colectivo mayor.